

3. DE LOS CAROLINOS (*rama mongola-pelagiana*).

Si los hechos abundan para caracterizar la rama oceánica, no sucede lo mismo para aislar y describir la que llamamos *mongola-pelagiana*, que hasta ahora se había confundido con la primera. Los carolinos se diferencian sin embargo de los oceánicos por el conjunto de su organización y de sus hábitos; y conexiones generales sirven para reunir los diferentes grupos de esta familia que ha avanzado del Este al Oeste hasta los 170 grados de longitud oriental y hasta el ecuador sin traspasar estos dos límites en el Grande Océano. A juzgar de ellos por las figuras y descripciones de los viajeros, se debe pensar que esta rama poblaba primitivamente las islas Filipinas, Mindanao, las Marianas; que se ha esparcido de algunas tierras altas de las Carolinas sobre las largas cadenas de islas bajas que las circuyen, y que se detuvo en los archipiélagos de Radack, de Mulgrave y de Gilbert ó islas del Scarborough. En un paralelo de los isleños de Oualan (1) con los de las islas Pelew, tan bien descritas por Wilson (2) hemos indicado ya la analogía perfecta que existe entre estos dos pueblos separados por una distancia de más de quinientas leguas; y sabemos por las relaciones del sábio Chamisso (3) y sobre todo por las de su amigo Kadu, que estos pueblos, navegantes por excelencia,

(1) *Notice sur Oualan*, par R. P. Lesson. *Journal des Voyages*, cahiers de mai et juin 1825.

(2) *An account of the Pelew Islands*, by George Reate, Lond. 1803.

(3) *Remarks and Opinion of the naturalist of the expe-*

se hallan trasportados frecuentemente por los montes de los archipiélagos de Lamursek, por ejemplo, hasta Radack. Como hemos seguido con nuestra corbeta estas numerosas fajas de tierra cortadas y á flor de agua comunicándonos diariamente con sus habitantes, nos ha sido fácil compararlos con los otros isleños de la Oceanía propiamente dicha. ¿No es sorprendente que se haya confundido hasta ahora á estos naturales con los oceánicos de quienes los distinguen una multitud de caracteres? Por lo tanto, atribuyendo su origen á la raza mongola, obrábamos con arreglo á nuestro íntimo convencimiento, cuando investigaciones posteriores nos probaron que esta idea no era nueva, y que el padre Carlos Le Gobien (1) la había espresado ya formalmente en el pasaje que citamos testualmente (pág. 45 y sig.). «No se sabe en qué tiempo fueron habitadas estas islas (las Marianas) ni de qué país procedieron aquellos habitantes. Como tienen poco más ó menos las mismas inclinaciones que los japoneses y las mismas ideas de la nobleza, que allí es tan orgullosa y altanera, han creído algunos que estos isleños procedían del Japon que no dista de aquellas islas más que seis ó siete jornadas. Otros están persuadidos de que habían salido de las Filipinas é islas inmediatas, porque el color de su raza, su lengua, sus costumbres y su género de gobierno, tienen mucha conexión con los tagalos, que eran los habitantes de las Filipinas antes que los españoles las ocupasen. Es muy probable que su origen provenga

dition (von Chamisso) tom. 2.º et 3.º (A Voy. of discor., by von Kotzebue).

(1) *Histoire des îles Mariannes, nouvellement converties à la religion chrétienne, etc.*, por el padre Carlos Le Gobien, de la Compagnie de Jesus: seconde edition, in 42. Paris, 1704.

de ambos pueblos, y que estas islas se hayan poblado con tagalos y japoneses arrojados por algun naufragio á aquellas playas. Hablando el mismo misionero de los carolinos que abordaron á Guam en 1696, añade en la pág. 404 que se parecian á los filipinos, pero que era diferente su idioma.

No podemos ocultar, sin embargo lo difícil que es el agrupar á los habitantes de las diversas cadenas desde las islas de Pelew hasta las Mulgraves, por los pocos datos que hay sobre estas islas. Las únicas guías que pueden consultarse sobre esta materia son Wilson, en cuanto á las islas de Palaos: Chamisso, relativamente á las Carolinas y particularmente la cadena de Radach; nuestras propias observaciones sobre Valan, y las de los primeros misioneros sobre el conjunto de aquellos archipiélagos (1) Aunque en estos últimos tiempos se haya ilustrado un poco la historia de estos pueblos, lo que sabemos de sus ideas religiosas, de sus costumbres fundamentales, y del genio de su lengua, es tan vago todavía, que por lo menos sería prematuro el tratar de formar un cuadro acabado.

Pareceria, segun la relacion del padre Cantova, que hombres de diversas razas, particularmente negra, han existido en su tiempo entre los carolinos. Asi es que Mr. de Chamisso (*Voyage de Kotzebue*), tom. 3.º pág. 190, piensa que los papuas de las regiones colocadas al Sur abordaron á aquellas islas, y se mezclaron en ellas, y que algunos europeos, como Martin Lopez y sus compañeros, han podido frecuentarlas á menudo en el curso de su navegacion. Por último

(1) La relacion histórica del capitan de Freycinet, cuyas primeras partes han salido recientemente á luz, contendrá tambien numerosos documentos que nos habrian sido muy útiles, pero que no se han publicado todavía.

añade este sábio: «La raza de estos isleños es la misma que la que puebla todos las islas del Grande Océano;» modo de ver en oposicion directa con la opinion que tratamos de que prevalezca en este calculo, pero que nos demuestra por otra parte que él no veia diferencia alguna entre los habitantes de todas las Carolinas, y que hallaba la mayor analogia en la generalidad de sus costumbres físicas y morales.

En la manera conque las islas Carolinas se han poblado, pueden conocerse dos emigraciones verificadas en tiempos distintos y separados. Las tierras altas fueron pobladas por colonias que mas adelante, y sucesivamente fueron poblando las bajas. Estas colonias ciertamente salieron de las costas del Japon ó de los archipiélagos chinos; porque los vientos empujan hácia ellas á los navegantes de aquellos mares, y desde 1648, durante la mansion de los primeros misioneros españoles en Guam, un chino llamado Choco se estableció allí, lanzado por un naufragio. Por otra parte los monzones regulares, y los tyfones de los mares situados al Occidente, arrebatan frecuentemente á los isleños de los archipiélagos del Oeste y los trasportan á las costas de las islas situadas en la estremidad oriental del sistema entero de estas tierras. De la necesidad de vivir en las islas bajas, y como anegadas, resulta que las costumbres de los carolinos, se han dirigido enteramente á la navegacion, en que estos pueblos son muy diestros, maniobrando con el mayor arte sus *prós* elegantes y ligeros, y que se gobiernan por los astros y la brújula. Pero aunque sus conocimientos prácticos sean muy estensos, muchos de aquellos isleños sorprendidos por los huracanes que reinan en cierta época del año, perecen en aquellos viages, ó corren á la ventura hasta que acaban sus provisiones ó hallan un refugio en alguna meseta ó en arrecifes que ha ocupa-

do ya la vegetacion y de que se constituyen entonces primeros colonos.

Costeando las numerosas cadenas de las islas Carolinas hasta los archipiélagos de Marshall no echamos de ver mas que ligeras diferencias en la fisonomía general y las costumbres de los isleños de cada grupo de islas, que comparados unos á otros presentaban las mas evidentes relaciones. Cuando en nuestra travesía de la Nueva Zelanda al ecuador, dejamos detras de nosotros, y por consiguiente al Sur, la isla de Rotuma, en que observamos á los últimos oceánicos, subimos al Norte siguiendo una línea oblicua bajo los 74 y 72 grados de longitud. Despues de haber tocado las islas de Gran-Cocal y San Agustín, no cesamos de tener á la vista las cadenas de islas bajas, y apenas elevadas sobre el nivel del mar, de Gilbert, de Marshal y de Mulgrave. Todos los dias comunicábamos con los naturales que las habitan, y cuya pobreza nos demostró los pocos recursos de aquellos arrecifes, y cuanto no debía suplir la industria de los habitantes para aminorar las muchas privaciones que atormentan su existencia.

El 15 de mayo de 1824 algunas piraguas que conducian algunos naturales de la isla de Kingsmill, vista en 1799 por el *Nautilo*, vinieron á comunicar con la corbeta la *Coquille*. Estos hombres eran de elevada estatura, aunque no de robustos miembros; el color de su piel era amarillo cobrizo bastante subido, y se diferenciaba por este color, del amarillo claro de los carolinos del Oeste. Sus piraguas eran semejantes á los pros; pero la falta de maderas de ciertas dimensiones habia puesto inconvenientes en su construccion. Estos isleños llevaban un *poncho* fabricado con esteras, cuya vestimenta hemos observado entre los chilenos indígenas, los araucanos de América, y entre todos los carolinos indistintamente;

su forma característica se reproduce en el *tiputa* ó vestidos de los gefes de los oceánicos.

Los dias siguientes comunicamos con las islas de Blancy, Dundas, Hoppon, Woodle, Hall, Mulgrave, Bonham, etc, cuyos habitantes se parecian mucho; pero parecian sumidos todos en un estado de miseria que no vimos entre los carolinos orientales. Su cuerpo, cubierto de cicatrices, manifestaba frecuentes hostilidades. Hablaban con tal volubilidad que no pudimos pillar palabra alguna de su lengua; pero por lo demas observamos en la forma de sus piraguas y en su táctica para manejarlas, en los instrumentos que nos mostraron, los mismos principios y la mayor analogía. Muchos de aquellos isleños estaban cubiertos con sombreros de forma chinesca construidos con hojas de vacúa y todos llevaban diferentes adornos, fabricados por lo comun con conchitas. A medida que avanzábamos al Oeste, nos pareció que el color de la piel iba en disminucion, y que se aproximaba á un color amarillo mas puro: lo que podria consistir en que los unos están continuamente ocupados en los arrecifes de los lagones, en la pesca, de que viven, y que los otros habitan en islas bajas en las cuales hay bosques de cocoteros, que les dan sombra y alimento.

Seguimos costeando el conjunto de las islas pobladas por la rama mongola-pelagiana ó los carolinos; y asi pudimos completar nuestras ideas sobre los puntos de contacto de todos los isleños, y adquirir datos en nuestras comunicaciones diarias con los naturales de Penalep, de Taka, de Auera, de Dublon ú Hogulus, de Tama tam, y de Satauelle. He aqui el resultado de lo que hemos visto, y lo que refieren sobre este punto los viajeros y los primeros europeos que se establecieron en las Marianas.

No es posible reconocer a los antiguos habitantes

de las islas Marianas en los que hoy las pueblan cuya sangre está mezclada con la española. Con mayor razon nos seria muy difícil establecer la analogia que puede existir entre ellos y los carolinos, cuando principios diversos debidos á los europeos, y una nueva religion han cambiado su fisonomia original. Nos vemos por lo tanto obligados á recurrir á los primeros autores que los describieron cuando aquellas islas fueron descubiertas. Pero, es necesario confesarlo, las luces que nos comunican son un poco vagas, y los religiosos que escribian la historia de aquellos pueblos, preferian mas estenderse sobre el número de sus neófitos que sobre sus usos y su fisonomia. Sin embargo el padre Le Gobien, dice (página 46) hablando de los marianeses. «Estos isleños son prietos, pero su tez es de un moreno mas claro que el de los habitantes de Filipinas. Son mas fuertes y robustos que los europeos: su talla es alta y su cuerpo bien proporcionado. Aunque se alimentan con frutas y pescados, están tan gordos que parecen inflados, lo que no les impide el ser flexibles y ligeros. No usan vestimenta alguna, y los hombres se cortan el pelo, sin dejar mas que un mechón en lo alto de la cabeza, como hacen los japoneses. Su idioma tiene mucha conexiõn con la tagala de las Filipinas. Tienen historias y una poesia que les agrada mucho. Hay tres estados entre estos pueblos, la nobleza, el pueblo y una condicion mediana. La nobleza es de un orgullo increíble, y tiene al pueblo en el mayor abatimiento. Los *chamoviis*, asi es como se les llama, no quieren sufrir el casamiento desigual de una persona de su estado con ninguna de otra clase. Las canoas de que se sirven para pescar y para ir de una isla á otra, son de una ligereza sorprendente, y el aseo de estos pequeños buques no desagradaria en Europa. Los calafatean con una especie de be-

tun y cal que deslien en aceite de coco, etc. etc.»

Este rápido bosquejo es enteramente el que podríamos trazar de los naturales de Valam, situada en medio de las Carolinas, donde hemos permanecido; y la mayor parte de las observaciones hechas en esta isla coinciden de un modo pasmoso con las que tenemos de los carolinos occidentales ó los habitantes de Pelew, segun Wilson. Mr. de Chamisso se espresa sobre este punto en los términos siguientes: «El pueblo de las Marianas, segun el hermano Juan de la Concepcion, se parece á los bisayas tanto por la fisonomia como por el language, y solo se diferencia en diversos matices.» Hablando de los pueblos que habitan lo que este sábio viajero ha designado por su primera provincia, Mr. de Chamisso nos da una excelente pintura del grupo entero de las Carolinas; y no concebimos de qué modo ha podido, en medio de los rasgos de relacion y analogía que reconoce en esta familia, no distinguir cuanto se aleja de los isleños de la Oceanía verdadera. «Pensamos, dice, que sus dialectos son menos sencillos que los de la Polinesia oriental, y hallamos en sus habitantes un conjunto de naciones que están diversamente unidas por las mismas artes y por las mismas maneras, por una grande habilidad en la navegacion y en el comercio. Forman poblaciones tranquilas y pacíficas, sin adorar ídolo alguno; viven sin poseer ningun animal doméstico, de los productos de la tierra, y solamente ofrecen á los dioses invisibles, las primicias de los frutos de que se alimentan. Construyen piraguas muy ingeniosas, y hacen viages lejanos con la ayuda de sus conocimientos, de los monzones, de las corrientes y de las estrellas. Pero á pesar de las relaciones sorprendentes de estas diversas tribus hablan muchas lenguas.» Este primer examen nos demuestra, pues, una semejanza incontestable de estos

isleños entre sí: no nos queda mas que reasumir sus caractéres generales.

La fisonomía de los carolinios que componen nuestra rama *mongolo-pelagiana* es agradable; la talla de los individuos es mediana; sus formas bien hechas y contorneadas, pero pequeñas: solamente algunos gefes nos han parecido de estatura alta. Sus cabellos son muy negros, la barba rala y poca, aunque hemos visto algunos isleños que la tenían espesa y fuerte. Tienen la frente estrecha, los ojos evidentemente oblicuos, y la dentadura muy buena. Su carácter participa de cierta gravedad, aun en medio de la alegría juvenil. Su piel color amarillo de limon, es mas subida cuando viven en los arrecifes que carecen de arbolados, y mucho mas clara en los gefes. Las mugeres son bastante blancas, sus formas redondas y generalmente gruesas; el rostro ancho transversalmente, y un poco chata la nariz. Su talla es corta y muy bien hecha por lo comun entre las jóvenes casaderas.

Los mongolo-pelagianos, lo mismo que todos los isleños que viven en las tierras situadas entre los trópicos, no usan mas vestimenta que una estrecha faja de tela que les ciñe el cuerpo, ó á veces se echan sobre los hombros dos pedazos de estera tegidos, cosidos por los dos extremos, dejando un espacio en el medio para meter la cabeza; lo que viene á ser el verdadero poncho de los araucanos; y al paso diremos ademas que algunos otros puntos de contacto han hecho presumir á algunos autores, que los pueblos de Chile de que hablamos, procedian del mismo tronco. Sabido es por lo demas que muchos sábios están conformes en decir que los mongoles han poblado igualmente una gran porcion de la América (1). Séase de

(1) Es necesario confesar que entre todas las opiniones

esto lo que se quiera, otra parte de su adorno, cuyo origen no se sospecharía, es el sombrero de forma absolutamente chinesca, hecho con hojas de pandano de que hacen uso aquellos isleños para preservarse del sol y de la lluvia: lo observamos particularmente entre los habitantes de la isla de Satauelle (Tucker de Wilson) de Hogolus ó Dublon, de Auerra etc.; y en Valam un sombrero chino hecho con conchas eusartadas, artísticamente trabajado, sirve para distinguir las piraguas de los gefes. Sin embargo, encontramos tambien esta forma de sombrero entre los papuas de la Nueva Guinea; y estos han debido tomarla de los traficantes chinos, que tenían la costumbre de comerciar en aquellas costas no hace todavía medio siglo.

Consideramos como una industria propia, esencialmente de esta rama, la fabricacion de telas. Todos los oceánicos emplean para este artefacto unas cortezas majadas y adelgazadas en forma de papel; los carolinios, por el contrario, se sirven de una especie de

emitidas sobre las emigraciones de los mongoles á América se han apoyado muchas en observaciones tan juiciosas, que no es posible negarse á admitir semejante contacto. Por ejemplo, Mr. Augusto de St. Hilaire en la relacion que ha dado de su viage al interior del Brasil (*Annales du Museum*, t. 9, 4823) hace esta observacion: «Los botocudos frecuentemente casi blancos, se parecen mas todavía á la raza mongola que los otros indios. Cuando el jóven de esta nacion que me acompañaba, vió chinos en Rio Janeiro, los llamó tios suyos, y el canto de este último pueblo no es en realidad mas que el de los botocudos muy dulcificado.» Tambien se halla una gran semejanza en las costumbres; así es que los botocudos como los carolinios, se hacen agugeros en las orejas y lábio inferior para ponerse unos palitos, cuyo diámetro aumentan todos los dias para dilatar mucho aquellas partes, etc., etc.

telar, único resto de las artes de sus padres, para unir los hilos y componer una tela por un método y por medio de instrumentos perfectamente análogos á los que usan los europeos. Al ver estos tegidos formados con hilos sedosos de bananero teñidos de amarillo, negro ó rojo, entrelazados en un telar elegante, adornados de dibujos que anuncian gusto, no se puede menos de hacer remontar el origen de un arte tan perfeccionado á una raza mas antiguamente civilizada y desde mucho tiempo establecida en cuerpo de nacion. Por otra parte, ¿por qué no han recurrido jamas á la corteza del árbol del pan tan comun en la mayor parte de sus islas, y que no tenían mas que majar con un mazo para convertirle en tela? Esto depende de que ellos han retenido por tradicion los principios de un arte muy perfeccionado en su patria primitiva, y que su industria ha sabido conservar su uso para concluir los vestidos únicos que exige el clima que habitan.

El dibujo, cuyo nombre es distinto en cada isla, nos parece tambien peculiar de estos pueblos; y aunque no le demos una grande importancia, le hallamos por su distribucion general, casi idéntico en todas partes, esto es, que está colocado por anchas masas, sobre el cuerpo, y que entre varios isleños cubren el tronco enteramente, formando de esta manera una especie de vestido indeleble, pero arbitrario en cuanto á los pormenores.

El género de vida de los carolinos, entre aquellos cuyas costumbres son bien conocidas, se diferencia poco del de los oceánicos. Las mismas producciones sirven para los mismos usos; y en las islas mas fértiles el fruto del árbol del pan, del de las castañas, (*A incisa*, var. *de sem.*), el cocotero, el taro y la pesca hacen todo el gasto. Solamente los que viven en las islas bajas, donde los medios de existir son muy

limitados, tienen que recurrir á veces á las frutas semi-leñosas del pandano. En todas partes siguen el mismo método de preparar los alimentos en hornos subterráneos, de componer las puches con las bananas, la pulpa del zima y el coco. En fin, encontramos en Valam el uso de beber el ava despues de comer; pero esta bebida *schiaika* (1) en lugar de hacerse con las raices del pimentero, como entre los oceánicos, se saca de las hojas que muelen con una moleta de piedra en vasijas de madera.

Parece que las fibras que sacan de un *musa* análoga al *musa textilis* de las Filipinas que abastece de *abaca*, la sacaban los marianos de la misma especie de bananero, bajo el nombre de *balibago*, y que todos hacian telas de que se servian. Segun Mr. de Chamisso (2) y el padre Le Gobien, los habitantes de Pelew y de las Marianas estaban desnudos; pero sabian tambien teger estas telas, pues en la *Historia de las Marianas* (pág. 58) se halla esta notable frase: «Las mugeres marianas agregan á todos estos adornos ciertos tegidos de raices de árboles, con que se visten los dias festivos; lo cual las desfigura mucho.»

Los adornos que buscan estos diversos isleños, aunque variables por su naturaleza, son bastante característicos para estos pueblos. Todos tienen un gusto decidido en entreteger flores rojas de *iwora* en el pelo, ú hojas olorosas y espadices de arum en las orejas: estas siempre están agugereadas por el lóbulo de un modo desmesurado, y desde las islas de Palaos

(1) Los chileños y los peruanos, han conservado el uso de componer brevages embriagadores con el *shinus molle* y el maiz, que ellos llaman *kava* y *schiaika*; este es el nombre que siempre le hemos oido dar. ¡Qué singular analogía en el uso de estos licores y su nombre!

(2) A piece of banana stuff.

hasta la cadena de Radack se observa la costumbre casi general de introducir en este órgano pedacitos redondos de madera, teñidos de amarillo con el curcuma, cuyo diámetro va aumentando por grados. Pero esta costumbre, así como la de cubrirse el labio inferior con una conchilla, se sigue con la mayor semejanza en las islas del Norte del Océano Pacífico, y aun en la costa Noroeste, donde todos los viajeros han reconocido la rama mongola. Sucede lo mismo con las ensartas de conchitas con que se ajustan el vientre, y con los adornos testáceos con que se hacen collares. Ciertos carolinos se sirven de brazaletes que hacen con porción de conchas ó huesos pulimentados imitando al marfil. Este uso es esencialmente propio de los pueblos de raza negra que habitan la tierra de Papus, la Nueva Irlanda y las Hebrides; y ya hemos indicado que el padre Contova indicaba una fusión de algunos isleños negros en medio de muchas islas carolinas.

El modo que tienen los carolinos de construir sus casas, se diferencia notablemente del de los oceánicos. Es un sistema de arquitectura que pertenece a otras ideas; y el cuidado que preside á su arreglo, las diversas pinturas que la adornan, su forma singular y notablemente apropiada al clima, merecian detalles descriptivos completos, si no lo impidiese el estrecho cuadro que hemos tenido necesidad de trazarnos. Todos estos pueblos tienen grandes casas comunes para tratar los negocios públicos y preparar sus banquetes.

La construcción de las piraguas de los carolinos es muy celebrada desde tiempos antiguos, y no se parece en nada á la de los oceánicos. En este lugar no podemos menos de confesar que hay isleños esencialmente marinos, observadores exactos de los astros, que emplean una especie de brújula, que como se

sabe es un instrumento que existe hace mucho tiempo en la China y en el Japon, aunque los habitantes de este país están muy distantes en el día de ser hábiles marinos. Si todos los carolinos manejan con facilidad sus graciosos *pros*, si su construcción prueba un talento muy superior á lo imperfecto de los instrumentos de que se valen, es maravilloso el ver que hay algunos de ellos, como son los de Valam que ignoran el arte de maniobrar, y que no conocen el uso de los palos ni las velas. Pero prescindiendo de esta escepcion notable, las piraguas que son siempre de un solo balancin están acabadas con esmero, y la esbelteza de sus formas les da singular gracia. Laspintan de color rojo, y las untan con algunas sustancias que parece que las han embarnizado: y por esta razón se puede fácilmente remontar al origen de un arte que ha llegado al mas alto grado de perfección entre los chinos y mongoles. La marcha de los *pros* de los carolinos, es notable, aunque dista mucho de ser la que dicen algunos navegantes, y particularmente Anson, pues no pasa de unos cinco ó seis nudos de la corredera. Pero es sorprendente la destreza con que indistintamente hacen cambiar á aquellas piraguas por un simple abatimiento de la vela, y estas frágiles embarcaciones son todas de la misma construcción, que no varía en ninguna isla de aquellos archipiélagos que recorrimos todos. Sin embargo, á medida que se avanza al Este, se advierte la escasez de materiales, y por lo tanto los *pros* no son tan perfectos, porque se resienten de la falta de madera que hay en todas aquellas islas que están á flor de agua. No obstante, la misma idea ha dirigido generalmente su figura, como observamos en las de los archipiélagos Gilbert y Mulgrave. Los *pros* de los marianeses en nada se diferencian de los que acabamos de describir, y su arquitectura marítima empezó á



decaer á consecuencia de la sangrienta conquista de aquellas islas por los españoles (1). Pero es tal la afición que la rama mongolo-pelagiana tiene á la navegación, que si entre los oceánicos goza de reputación un gefe por su valor ó sus talentos militares, entre los carolinos no la tiene sino aquel que es más hábil piloto, que conoce mejor el curso de los astros, las faces de las estaciones y los vientos reinantes. En fin, pocos isleños hacen más largas travesías en frágiles piraguas que los que nos ocupan ahora. Sus viajes anuales á *Waghat* (Guam) para comprar el *lulu* (fierro), no nos darian más que una prueba secundaria, si Mr. de Chamisso, en su relación de las aventuras del carolino *Kadu*, no nos ofreciese un testimonio que se ha hecho histórico. Remontándose á consideraciones más elevadas, hallamos en este pueblo, como entre los oceánicos, una nobleza hereditaria, clases medias y siervos envilecidos. Orgullosa la clase privilegiada con sus prerogativas, séase que se llame *urose*, *tumole*, *rupack*, etc. mantiene en una sumisión servil al pueblo á quien mira como destinado á obedecerle: ella sola posee las tierras y aun las personas, y aunque no usa ningún signo distintivo, goza de una autoridad tanto mayor, cuanto la clase baja se cree únicamente destinada á obedecer sus órdenes.

Su creencia religiosa, poco conocida, no tributa al parecer culto alguno exterior (2), pues no tienen ni ídolos ni cabaña que sirva de templo. ¡Cuántas fac-

(1) Durante mucho tiempo se ha acogido sin exámen la ridícula idea emitida por los misioneros, de que los marianeses no conocían el fuego, y que lo tenían por un animal que mordía á los que se arrimaban cerca.

(2) «Por lo demás, los marianeses no reconocen ninguna divinidad, y antes de que se les hubiese predicado el Evangelio, no tenían la menor idea de religion: no tenían templos ni altares, etc.» (Le Gobien, pág. 64).

ciones para aislar á estos pueblos! Pero poseen como los oceánicos, el dogma consolador de una vida futura; y si los primeros colocan las cenizas de sus prógimos en los *morais*, los carolinos en general, les levantan cobertizos de paja en medio de los bosques ó de los plantíos de azúcar. No deja de ser sorprendente el no descubrir en estos pueblos vestigio alguno exterior de la idolatría que reina entre las demás ramas esparcidas en los mares del Sur.

Dedicados á la guerra, por que el hombre es naturalmente inclinado á ella, han conservado y sabido hacer los carolinos gran número de instrumentos de destrucción. Sin embargo, no vemos que posean el arco y las flechas reservados á la raza negra, ni el rompecabezas ni las largas javelinas que usan más particularmente los oceánicos. Las hondas, las piedras, palos aguzados y con espinas ó huesos de pescados y hachas de concha, son sus armas más comunes y de que se sirven más generalmente.

Los carolinos no siguen el uso infame de prostituir sus hijas ó las esclavas que han robado á sus familias, como acostumbran los oceánicos, celosos del honor de sus mugeres, parecen escrupulosos en la conservación de la fidelidad conyugal, y temen el comercio de sus mugeres con los estrangeros. Parece que la poligamia está esclusivamente reservada para los gefes. Su carácter parece festivo y benévolo, y reciben con dulzura; pero esta raza ha heredado de sus abuelos el arte de disimular con destreza, según el cuadro trazado en 1701 por el padre Le Gobien: «Estos isleños se condujeron al principio con honradez y buena fé; pero pronto echaron de ver los españoles que se las habían con una nación disimulada y artificiosa, con quien era preciso estar en guardia para no verse engañados. Conservan profundamente en su corazón la memoria de las injurias que les han

hecho, y dominan de tal modo sus resentimientos, que esperan muchos años una ocasion favorable para vengarse.» No adoptaremos aqui sin exámen el carácter que les supone un eclesiástico, sin duda engañado por su celo y que no aprecia bastante lo que este pueblo desgraciado tenía que sufrir de una nacion europea que la convertia al cristianismo con la espada y el fuego. Los carolinos, con quienes tuvimos frecuentes comunicaciones, mostraron constantemente buena fé en sus cambios, franqueza en su manejo, buen humor y cierto abandono que indicaria rectitud, á no ser que este fuese el resultado del aparato de una fuerza inmensa, que los indujo á no tener con nosotros sino relaciones francamente amistosas.

La música de los mongolo-pelagianos, como la de todos los pueblos que están en la infancia de una semi-civilizacion, es grave, poco melodiosa, mezclada á veces con notas entrecortadas y lentas. Por lo comun sirve para acompañar sus bailes que son característicos, y muy diferentes de los verdaderos oceánicos. El instrumento que emplean es el *tam-tam*, que es el generalmente conocido entre los pueblos orientales y africanos de raza negra y amarilla. Esta poesia, que es comun á todos los carolinos, cuyas ideas han permanecido estacionarias ¿no probaria que procediendo de un origen antiguo, y aunque tosca y silvestre, puede aun despertar en sus almas emociones agradables y recuerdos históricos? ¿que entre estos hombres aislados en un estrecho círculo, basta para embellecer los largos dias, que sin ella pasarian en una completa inercia?

Segun parece, la lengua de estos pueblos varia infinitamente y aun casi en cada isla; sin embargo, á pesar de la diferencia de la ortografia que han usado los diferentes viajeros que han formado coleccion de las palabras que empleaban aquellos isleños, se

descubre el mismo genio, y como dice muy bien Mr. de Chamisso, *cierta especie de reglas mas complicadas que entre los verdaderos oceánicos*. Segun nuestra opinion, cuando las lenguas se aproximan evidentemente, pueden ofrecer buenos caractéres, cuando se adaptan sobre todo al conjunto de aquellos que se pueden sacar de las costumbres y de la conformacion; pero no se les puede jamás atribuir un valor absoluto. En efecto, ¿qué sucederia si fuese necesario agrupar diversos pueblos de Francia, escribiendo las palabras tales como se oyen pronunciar? ¿y á qué raza se atribuirian entonces los habitantes de tal ó tal provincia? No obstante, existen ciertas relaciones en la lengua de los carolinos, por que se descubren los puntos de comunicacion. Asi, la numeracion decimal es la única que usan, y aunque varian los nombres de los números, el sistema aritmético es el mismo. En Valam y en la isla de Hugulus son muy arbitrarias las denominaciones numéricas, lo que debe proceder de las diferentes emigraciones, ó de las corrupcion de los dialectos, lo cual ignoramos. Asi la palabra uno, entre estos pueblos, se dice *ha* en Valam (Nob), *duon* en Radack (Hamisso), *coth* en Ulea, *rep* en Eap, *hatjijai* en Chamorien, *sa* en Penelap (Nob), *yote* en Dublon ó Hugulus (Nob), *tong* en Pelew (Wilson) *usa* (Bisaya), *isa* (Pampango, Chamisso), y *sa* (Tagala), etc. La palabra cinco tiene mucha mas analogia, y ofrece mucha mayor semejanza en casi todas las lenguas del mar del Sur, cualesquiera que sean los pueblos que la emplean; se dice, como en malayo *lima*, lima. Por otra parte la palabra *tamole*, para designar á un gefe, es generalmente usada en las Carolinas; y lo mismo sucede con la palabra, *ik* pescado, que parece derivarse del malayo *ikan*, etc.

Concluiremos este cuadro haciendo una sola reflexion. Los pueblos de la rama mongolo-pelagiana no

tenian el perro ni el cerdo en sus islas antes de la llegada de los europeos; y M. M. Quoy y Gaimard nos dicen que el primero es extranjero en las islas Marianas, como lo demuestra su nombre de *galagu*, que quiere decir *animal que ha venido por el mar*.

4. DE LOS PAPUAS Ó PAPUS. (1)

Bajo el nombre de papuas, se conocen los pueblos cuyo color negro varía de intensidad, y cuyo cabello no es liso por su naturaleza, pero que tampoco es lanudo. Estos hombres que, según se sabe, habitan la parte litoral de las islas de Waigiu (2) de Sallawaty, de Gammen y de Battenta, y toda la parte Norte de la Nueva Guinea, desde la punta Sabelo hasta el cabo de

(1) Memoria leída á la Sociedad de Historia natural de París, en la sesión del 23 de junio, de 1826.

«Los pueblos cuyo color es negruzco y el cabello unas veces liso y otras lanudo, y que viven en las grandes tierras montuosas situadas entre el Asia y la Nueva Holanda, han sido poco estudiados hasta ahora. Es aun difícil formarse una idea exacta de las denominaciones que se les han dado. Por lo tanto presentaremos en este ensayo solamente un resumen muy sucinto de las observaciones que hemos podido recoger durante la permanencia de la corbeta la *Coquille* por aquellos archipiélagos. Débese esperar por otra parte, que la expedición del Astrolabe, que explora actualmente este sistema de islas, ilustrará mucho este asunto reuniendo los hechos necesarios para fijar irrevocablemente la opinión de los sábios sobre una materia tan interesante para la historia del hombre.

(2) El nombre Waigin, está escrito de diferente modo por los franceses y por los ingleses. Siempre hemos oído á los naturales llamar *Vaihiu* á la parte Norte de la isla, y Varido á la parte Sur.

Dory, han sido perfectamente descritas por M. M. Quoy y Gaimard (1) que fueron los primeros que demostraron que constituían una especie híbrida, procedente sin duda alguna de los papuas y de los malayos que se han establecido en aquellas tierras y que forman casi la masa de la población. Estos negro-malayos han tomado de estas dos razas las costumbres que los distinguen; por lo que muchos han abrazado el mahometismo, y otros han conservado de los papuas el fetichismo y el modo de vivir. Un gran número de palabras de la lengua de esta variedad humana proceden del malayo, y particularmente la de *rajah*, que sirve para designar á los gefes. Estos isleños forman una especie de pueblo mestizo (2), colocado naturalmente en las fronteras de las islas Malayas y tierras de los papuas, y en el litoral de un corto número de islas aglomeradas debajo del ecuador, y en medio de las cuales se introducen sin interrupción malayos de Tidor y de Ternate, y papuas de la Nueva Guinea, y aun algunos alfurus de las montañas de lo interior. Casi siempre la autoridad, poco influyente

(1) Observaciones sobre la constitución física de los papuas. (Zoologie du voyage de l'Uranie, pág. 4 á 41).

(2) La relación de Jacob Le Maire (*Miroir Oost et West Indical*, Amst. 1624 in 4.º oblong, pág. 164 prueba que ya estos papuas híbridos habían sido observados por los primeros navegantes. Dicese: «También vinieron algunos negros que nos trajeron viveres. Tenían también un reloj de porcelana chinesca: era otra especie de gente distinta de la anterior (los de la Nueva Guinea), de color mas amarillo; algunos llevaban los cabellos largos, otros cortos y usaban también arcos y flechas, etc.»

En 1699 (*Voyage aux terres australes et á la Nouvelle-Hollande*, t. 4, pág. 67, 174) describió igualmente Dampier estos papuas híbridos, y los pormenores que da de ellos, llevan el sello de exactitud acostumbrada.